

Hijo de Dios, Hijo de Hombre - Parte I

*Escrito por: Reinhard Bonnke
lunes, 03 de diciembre de 2007*

“Un Niño nos es Nacido, Hijo nos es Dado”

En Belén de Judea, aquel primer Día de Navidad, el Señor llegó desde el cielo con un nombre terrenal: Jesús. Ese nombre estableció a Jesús en la tierra, ayer, hoy y por siempre; lo estableció como un ser humano celestial. Un ángel del Señor le dijo a José que el Hijo de María debía llevar por nombre Jesús. ¿Sabrían todos los ángeles eso? ¿Cuán secreto era Su nombre? Cuando el “ángel del Señor” visitó a Israel, rehusó revelar Su nombre porque Él era la Tercera Persona de la Trinidad. Dios estaba guardando en secreto el nombre de Jesús. Aunque las Escrituras hablaban de Jesús, se referían a Él como “la simiente de la mujer”. Los profetas también hablaron de Él, llamándolo Silo y Emanuel. El Evangelio de Lucas, lo llamó “Luz para la revelación...” y “tu Salvación” (Lucas 2:30-32). Entretanto, Su verdadero nombre permanecía en secreto. Tiempo después, el arcángel Gabriel, visitó a María y le dijo: “...darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo...” (Lucas 1:31-32). Dios lo llamó Jesús porque Su nombre significa salvación. Las instrucciones que se le dieron a José fueron: “y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). ¡Jesús es nuestro Evangelio!

“Un Regalo de Amor”

A través de las Escrituras, encontramos referencias acerca de Jesús. Es como si Dios hubiese estado tan emocionado con el “regalo de amor” que nos iba a enviar, que no pudo quedarse callado. En un principio, el único nombre que existía para Dios era “el Altísimo”. Éxodo 3:14 dice que a Moisés le fue revelado el nombre personal de Dios como: “Yo soy”. El nombre de Dios es sumamente importante y fundamental; un gran regalo para el mundo. “Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo” (Gálatas 4:4). El velo se cayó, revelando la “forma”, la “imagen” del Dios viviente (Filipenses 2:6). El Padre nos envió a Su Hijo como un regalo de amor, nos permitió conocerlo, y nos dijo que lo llamáramos Jesús de Nazaret. La primera razón por la que la Navidad debe ser una época de gozo es simplemente porque Jesús vino; tan sólo por eso. ¡Qué consuelo! Dios no se olvidó de nosotros ni nos dejó abandonados. De todos los lugares de este inmenso universo, Dios decidió venir aquí. No nos dejó solos para que lucháramos a lo largo del camino, haciendo lo mejor que pudiéramos. En la escala divina, lo mejor de nosotros no era lo suficientemente bueno – necesitábamos de su ayuda, así como la necesitamos hoy. “¿Qué es el hombre para que en él pienses?” (Salmo 8:4) Yo desconozco la respuesta a esa pregunta retórica, pero doy gracias porque “gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios. Así nos visitará desde el cielo el sol naciente...”

(Lucas 1:78). El Hijo de Dios vino a estar a nuestro lado, para enseñarnos el camino al cielo. ¡Qué hombre! Lo menos que podemos hacer es guardar un día para recordar Su venida, y si eso transforma una celebración pagana en una celebración cristiana, ¡mucho mejor aún! El Día de Navidad es una piedra preciosa que brilla en la corona del año.

“El Altísimo”

Para apreciar la gloria de Su nombre, debemos mirar al pasado. Como dije antes, en los primeros siglos, Dios no tenía nombre, sólo se le conocía como “el Altísimo”. Ese nombre sólo describe su jerarquía. Dios está por encima de todos los dioses. Por otro lado, Israel se refería a Él como el Santo. La Biblia es un manual acerca de la fe y de cómo creer que les ofrece a las personas un estilo de vida diferente, uno que está basado en la fe en Dios. Hasta el momento en que su nombre fue revelado, las personas no soñaban en que podían confiar en su dios. Aunque los dioses no hacían nada por ellos, las personas tenían que honrarlos con una ofrenda diaria para estar de su lado bueno; de otro modo, corrían el riesgo de ser víctimas de los aspectos desagradables de la naturaleza de sus dioses. Nuestro Dios está de nuestro lado y no tiene víctimas. Los cristianos invadieron aquellos días de creencias paganas, presentando la perspectiva de lo que es vivir por fe en Jesús; algo completamente nuevo para el mundo. Los dioses “antiguos” oprimían a las personas, pero Jesús cambió eso. Nuestras Campañas Evangelísticas libertan multitudes. Nosotros siempre hacemos una fogata de “dioses falsos” en nuestros servicios al aire libre. Amuletos – pedazos de madera tallados y adorados como dioses – son expuestos por lo que son, dioses falsos, que se convierten en cenizas al ser lanzados al fuego. Existen también dioses “modernos” como las influencias cósmicas, los extraterrestres, los poderes de los astros, el espíritu de la tierra, y dioses tan poco refinados como los dibujos de los niños. Por eso es que nosotros predicamos a Cristo. Nosotros alumbramos los lugares oscuros con la luz del Evangelio. Nuestro Dios es el Dios de la Salvación. Nosotros queremos darlo a conocer. Nosotros somos mensajeros de Cristo proclamando libertad, no religiosos tratando de convertir a las personas. El nombre de Jesús es una amenaza para el diablo, pero buenas nuevas para el mundo entero.

“El Santo de Israel”

Jesús es el Santo de Israel. La palabra “santo”, significa – el único de su clase. Nadie puede ofrecernos otro como Él. Jesús no tiene competencia. “Tú eres el Dios que hace maravillas...” (Salmo 77:14). No existe ningún libro que tenga referencias de alguien como Jesús. No existe ningún dios en ninguna otra escritura sagrada que sea un Salvador. Nuestro Dios es el único que salva, perdona, restaura, contesta oraciones, sana, nos llena con el Espíritu Santo y nos guía. “El Dios que respondiére por medio de fuego, ése sea Dios” (1 Reyes 18:24). Nosotros no nos involucramos en debates acalorados acerca de doctrinas o del camino correcto para llegar al cielo. Nosotros hablamos de Jesús; únicamente de Él. El nombre de Jesús lo abarca todo. Él es el abecedario de Dios, va desde el alfa hasta el omega. Nosotros creemos en

Jesús. Los credos y las doctrinas son para nuestras mentes, pero a Jesús lo que le interesa son nuestros corazones. En Juan 14:6, Jesús dijo: “Yo soy el Camino”. Los caminos y los senderos que nos conducen a Dios son redundantes – Aquél a quien nos conducen vino a nosotros. En lugar de esperar a que nosotros buscáramos el camino a Dios, Jesús hizo Su propio camino hacia nosotros. Jesús atravesó las montañas de nuestras hostilidades y nuestra maldad, dejó el mundo de luz, y se lanzó a las tinieblas de la muerte por nosotros. Nadie puede tomar el nombre de Jesús ligeramente porque éste representa demasiado mucho. El nombre de Dios que le fue revelado a Moisés: “Yo Soy”, se decía con mucha reverencia. Cien años antes de Cristo, cualquier persona que mencionara el nombre de Dios era expulsado de la reunión. En los Evangelios, Juan menciona ocho ocasiones en las que Jesús dijo “Yo Soy”. Sin embargo, él utilizó el nombre de Jesús unas 250 veces en los Evangelios. Nosotros no tenemos porqué tener miedo de usar el nombre de Jesús – Él es el camino a la salvación (Hechos 4:12).

Hijo de Dios, Hijo de Hombre - Parte II

*Escrito por: Reinhard Bonnke
lunes, 03 de diciembre de 2007*

“Este Mismo Jesús”

La Navidad es un tiempo de celebrar, si es que nos gusta celebrar. El gran “Yo soy”, adorado por los ángeles, abrió las puertas del Cielo. Pasó por el umbral de la puerta, y se dirigió a Belén, al pueblo de David, donde se encomendó a Sí mismo en los brazos de una madre terrenal quien lo llamó Jesús; el nombre que aparecía en el pasaporte para entrar en el reino de los hombres. Oculto por los siglos, Jesús es nuestro Hombre; accesible, alcanzable y maravilloso. Él vivió una vida gloriosa de triunfos, venció las provocaciones y la ignorancia; y luego, en la Cruz, la furia del odio humano. Mas Dios escribió un epílogo. Él levantó a Su Hijo y Éste ascendió para ser recibido en la gloria. Y he aquí una verdad maravillosa: en la gloria, Él usa su nombre terrenal, Jesús. Ese es el único nombre que existe en el lugar donde Jesús se encuentra. Cuando Él se fue de la tierra, los ángeles les dijeron a los discípulos que: “Este mismo Jesús regresaría” (Hechos 1:11).

“El Redentor”

¿Cómo no celebrar? Tenemos muchas razones para estar contentos. Durante las Navidades nosotros podemos permitirnos ciertos lujos porque Dios nos consintió al otorgarnos el mejor de sus regalos: Su Hijo. En los días del Imperio Persa, la Reina Ester salvó a Israel del genocidio. Las Escrituras dicen que ese día se convirtió en un “día de alegría y de banquete, un día de regocijo, y para enviar porciones cada uno a su vecino” (Ester 9:19). A pesar de las similitudes,

la Navidad es un día mucho más importante que el día en que Ester salvó al pueblo de Israel. La Navidad es un día en el que debemos regocijarnos en la salvación de nuestro Dios. No importando lo que los agnósticos hayan hecho del 25 de diciembre, el ruido y las decoraciones deben hacerse a un lado por el nacimiento de Jesús en Belén. El Redentor ha reivindicado y redimido ese día de invierno, trayendo el brillo y el calor del amor eterno a nuestros cielos invernales.

“El Hijo del Hombre”

Jesús nunca se refirió a Sí mismo como Jesús, sino como “el Hijo del Hombre”. Sus discípulos nunca se refirieron a Él como Jesús, sino como Maestro o Señor. Jesús vino a nosotros, asegurándonos que Él estaría donde debía estar. “El Hijo del Hombre” es un título en el cual los teólogos han invertido mucho tiempo y tinta. En más de cien ocasiones, Dios llamó a Ezequiel “hijo de hombre”. “Hijo de hombre” es otra forma de decir “hombre” y significa literalmente eso, “hijo de hombre”. Las primeras palabras del Nuevo Testamento hablan de la genealogía de Jesús: “Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham...” (Mateo 1:1). Jesús es el Hijo; el verdadero Hijo de Abraham fue Jesús, no Isaac; y el verdadero Hijo de David no fue Salomón sino Jesús. Él, no Caín o Set, fue el hijo prometido a Eva. “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado...” (Isaías 9:6). En Isaías, el Padre a veces llama a Su Hijo “¡Él!” Nadie tenía la necesidad de preguntar quién era “Él”. Todo el firmamento lo sabía. “Él” era el Único para el Padre. Dios era un Dios de amor porque Él amaba a Su Hijo, desde la eternidad. Ese fue el Hijo que Él envió el Día de Navidad; el Hijo de Su amor. Hubo asombro y entusiasmo en Judea y en los campos de Belén en ese primer Día de Navidad. Los cielos estaban de fiesta, llenos del fulgor de la población celestial. Las voces de los serafines se escuchaban a través de todo Belén, resonando sobre el antiguo pueblo de David como si Belén fuera un suburbio de la gloria. Nosotros los mortales, podemos gozar de ese mismo entusiasmo. El mensaje del Evangelio son las Buenas Nuevas. Nosotros debemos predicar a Cristo – y si no lo hacemos, traicionamos al mundo.

Ame como Él Amó – Haga como Él hizo”

“Jesús vino”. Esto significa algo muy importante para nosotros. Si Él vino, nosotros debemos ir. Jesús nos atrae a Sí mismo para enviarnos. Juan 20:21 dice: “Como me envió el Padre, así también yo os envío”. Él vino con un nombre terrenal. Dios creó la tierra y nos la entregó para que la habitáramos. Juan 1:11 dice: “a los suyos vino...”, porque Él pertenece aquí y todo le pertenece a Él. “De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo, y los que en él habitan” (Salmo 24:1). Jesús nació, creció, comió, durmió y trabajó aquí; y cuando se fue, la mancha de Su Sangre marcó el monte Calvario. Su venida manifiesta el amor de Dios. Su amor se manifiesta cuando nosotros lo damos a conocer por medio del amor. Las personas no van a creer que Dios las ama si nosotros no los amamos. Dios amó al mundo y nosotros debemos hacer lo mismo. Él demostró Su amor. No eran sólo palabras sino sacrificio – no era amabilidad, sino el deseo de buscar a las ovejas perdidas. El Amor encarnado

no sólo se manifestó en Belén sino que además fue a Galilea, Getsemaní y Gólgota, yendo mucho más allá por Sus ovejas perdidas. El amor lo guió y Sus discípulos siguen su ejemplo. Jesús predicó, y al igual que sus discípulos, nosotros lo imitamos. Si amamos como Él amó, podremos hacer las cosas que Él hizo. El Evangelio es la bendición más grande que ha tocado los corazones desesperados de las naciones. Sin embargo, lo que el mundo no conoce no le puede traer bendición.

“Él Bajó del Cielo”

Jesús era el nombre terrenal del Hijo de Dios para la obra terrenal que Él debía realizar. Durante 33 años, el Hijo de Dios tuvo vecinos, y luego clientes, que posiblemente regatearon con Él los precios de Su oficio terrenal. Sin embargo, cuando esas personas lo escucharon enseñando, no podían creer las cosas que Él decía. La salvación no se obtenía ni se originaba en el cielo, ni llegaba a nosotros por medio de un mensajero, espíritu o ángel. La salvación era real – tuvo lugar aquí en la tierra, los clavos sujetaron a Jesús a un madero, y Su sangre nos redimió. Esta fue una obra que se realizó ante nuestros propios ojos. José y María llevaron al niño Jesús al templo y Simeón, un hombre justo y piadoso, que “esperaba la consolación de Israel” (Lucas 2:25) dijo, “Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos” (Lucas 2:30-31). Nosotros no dependemos de que un hombre escuche una voz, o vea a un ángel caer en un transe, o sea visitado por un espíritu. El apóstol Pablo, defendiéndose a sí mismo ante el Rey Agripa y Felix el Gobernador Romano, contó cómo el mismo Jesús le había dicho a él: “librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados... Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón” (Hechos 26:17-18, 26). El apóstol Juan también dijo: “(porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído...” (1 Juan 1:2-3).

“Éste es Señor de Todos”

La salvación vino por medio del Hijo del Hombre, no por medio de un ángel. Él trajo el Evangelio para la Tierra y para el Cielo, para el cuerpo y para el alma. Un Evangelio para todo el mundo y para el hombre en su totalidad. Dios no tiene áreas denominadas “imposible”. Él es el Señor de todas las cosas en el cielo y en la tierra. Si nosotros predicamos un Evangelio que no le ofrece nada a los seres humanos con necesidades humanas, entonces, ¿por qué Jesús usó un nombre humano? El Evangelio es Dios con nosotros. Dios hecho carne, aquí en poder. Para cualquier propósito que Él decida, sea físico o espiritual. Para cambiar las naciones. Para libertarnos del yugo del pecado. Para sanar a

los enfermos. Para convertir nuestros cuerpos en su templo. Para profetizar, hablar en lenguas y hacer milagros. La salvación no es un sueño místico, ni una deducción lógica, ni una teoría de teología. La salvación es la realidad corporal de un Salvador nacido en Belén. Un Salvador real en un mundo real con personas reales que tienen necesidades reales. La Navidad no es algo que se pueda comprar pre-empacado en un supermercado. “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). La Navidad no es sólo una época para los niños. La Navidad es mucho más que villancicos, luces brillantes y decoraciones de colores. Ese fue el día cuando el Cielo bajó para adoptar la Tierra como un suburbio del Reino de Dios.

Ese es el día cuyo amanecer brilla “como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

www.danilooneto.org